

MARTÍNEZ GARCÍA, Pedro, *El Sacro Imperio en la Edad Media*, Madrid, La Ergástula (Sine qva non, Monografías de Historia Medieval, 6), 2022, 214 pp. ISBN: 978-84-16242-59-7.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/em.24.2023.767-770>

El Sacro Imperio Romano Germánico, denominación con la que fue reconocido en 1157 durante la etapa de Federico I Barbarroja, tuvo una importancia absolutamente crucial para la constitución, consolidación y expansión de la Europa medieval y moderna; no obstante, su relevancia en la historiografía española, si bien no puede decirse que haya pasado inadvertida, no ha suscitado tanto interés como el generado por otros ámbitos políticos como, por ejemplo, el mundo francés, el británico o el intrincado mosaico italiano. Por eso, sin duda, es de agradecer la publicación de este libro de Pedro Martínez García, en el que el autor nos proporciona una concisa, pero interesantísima síntesis, de la evolución del Imperio germánico durante la época medieval.

La obra está estructurada en cinco capítulos, en los que cronológicamente se van revisando las diferentes etapas políticas por las que atraviesa el Imperio desde su fundación en la época de Carlomagno hasta el periodo final del gobierno de los Habsburgo en los últimos años del siglo XV; se trata, como el propio autor reconoce, de un esquema bastante común en la historiografía alemana, acostumbrada a estudiar las distintas transformaciones que sufre el Imperio en función de las dinastías reinantes, pero que resulta de lo más apropiado para facilitar su lectura y comprensión para un público poco familiarizado con la extraordinaria complejidad que presenta el mundo germánico en la Edad Media. De esta forma, el primer capítulo está dedicado a los fundadores del propio Imperio, entre los que sobresale como es natural la colosal figura de Carlomagno. El segundo de los capítulos se centra en la política de restauración que llevan a cabo los sajones, que desde los tiempos de Otón I van forjando auténticamente las bases sobre la que en el futuro se articulará el Imperio, incluyendo sus cada vez más complicadas relaciones con el Papado y con las diferentes realidades políticas que se irán conformando en Italia. La extinción de la dinastía otónida, justo cuando parecían empezar a consolidarse sus esfuerzos por construir unas estructuras

políticas más sólidas y duraderas mediante las teorías de su *renovatio imperii*, dará paso al periodo de gobierno salio que protagoniza el tercer capítulo en el que se analizan los éxitos y fracasos de la nueva casa dominante; unos éxitos que vienen marcados por el progresivo afianzamiento de su autoridad real en los territorios germánicos, pero que, en cambio, desembocan en un choque abierto con el Papado durante la querrela de las investiduras, en las que tanto Enrique IV como Enrique V tuvieron que sufrir sonoros reveses, en episodios como el de la humillación de Canossa o la aprobación del Concordato de Worms en 1122. El cuarto capítulo, al que el autor denomina la “era de los Staufen”, está protagonizado por el ascenso al poder de Federico I Barbarroja, quien, tras imponerse a sus rivales de la casa Welf, impulsará un ambicioso proyecto para imponer la hegemonía imperial mediante su idea del *dominium mundi*, lo que automáticamente reactivará la oposición frontal del Papado, convirtiendo así a la península italiana en un permanente campo de batalla entre güelfos y gibelinos y desencadenando a la par las desavenencias entre los distintos poderes germánicos, cada vez más feudalizados; la posterior incorporación del reino de Sicilia, en tiempos de Enrique VI, el desgaste constante de las campañas cruzadas y las rebeliones sufridas en tierras germánicas, no harán sino desgastar los viejos anhelos de Federico I de consolidar un Imperio a escala universal, hasta el punto de colapsar por completo con Federico II, el emperador más italiano conocido hasta entonces, que, a pesar de sus iniciativas reformistas y de su innovadora política cultural, fue destituido por Inocencio IV en 1245. Se iniciaba, así, el “gran interregno”, una época agitada y convulsa que dará paso a una nueva realidad política e institucional en la Baja Edad Media, analizada en el capítulo quinto y caracterizada por el distanciamiento paulatino del Papado y de los asuntos italianos, la consolidación del modelo electivo a la hora de asignar la Corona imperial (primero a través de la institucionalización de los príncipes electores y, luego, mediante la constitución de la Dieta imperial) y el ascenso al poder de nuevas familias, con grandes posesiones territoriales en Alemania, como los Luxemburgo, los Wittelsbach y, sobre todo, los Habsburgo con los que el Imperio, ya totalmente transformado y volcado cada vez más en Centroeuropa, entra en la Edad Moderna.

Ahora bien, más allá de este sucinto recorrido por la estructura general del libro, creo que es hora de destacar algunas de sus aportaciones más interesantes y originales. En primer lugar, merece la pena subrayar el enorme esfuerzo que el autor realiza para sintetizar y explicar con claridad

al lector la extraordinaria galería de personajes, sucesos y acontecimientos que se describen en cada uno de los capítulos; no es, en absoluto, una tarea fácil, dada la heterogeneidad de actores y territorios en los que se desenvuelve la historia del Sacro Imperio en la Edad Media, pero Pedro Martínez lo resuelve con solvencia, generando un relato ágil y entretenido en el que se resaltan perfectamente los hechos y sucesos fundamentales de cada periodo. No menos relevante, en segundo término, es el aporte bibliográfico que acompaña al texto, en el que autor nos ofrece una amplia y actualizada selección de las principales obras que han abordado las distintas etapas del Imperio germánico, sobre todo en lo que afecta a la historiografía alemana que Pedro Martínez conoce de primera mano, gracias a la experiencia adquirida en Alemania durante los años en que ejerció como investigador y docente. Igualmente me resulta muy acertada la elección de las ilustraciones que acompañan al texto, así como la inclusión de la cronología y del glosario de términos que figuran al final del libro y que sirven para facilitar la lectura de cada apartado, si bien el repertorio de mapas, que se incluye también en las páginas finales, se me antoja más bien un tanto escaso, aunque seguramente esto se deba a las limitaciones editoriales.

Pero, con todo, el aspecto más original y sugerente del libro lo encontramos en la importancia que el autor concede al ceremonial político y a los rituales simbólicos: la trascendencia adquirida por Aquisgrán como centro de proclamación oficial de los reyes en Alemania, el papel desempeñado por Milán para recibir la corona de hierro que sancionaba su autoridad en los territorios italianos, las ceremonias de proclamación en Roma, en las que el Papa investía a los Emperadores con el cetro y la corona de oro, el protagonismo ejercido por las capillas, iglesias y monasterios en los que se enterraban los restos de las diferentes casas reales o la relevancia alcanzada en la Baja Edad Media por los pujantes centros urbanos, como Núremberg, a medida que los intereses del Imperio se desplazaban hacia el Este de Europa son resaltados brillantemente por Pedro Martínez e interpretados como una parte esencial de la conformación de la cultura política imperial que se forjó durante la Edad Media y que ha llegado hasta nuestros días; en este sentido, llama igualmente la atención el interés mostrado por el autor en enfatizar cómo determinados acontecimientos históricos, como, por ejemplo, la batalla de Lechfeld en la que se dice que Otón I blandió la famosa lanza sagrada de Longinos, han sido incorporados al imaginario colectivo germánico, generando una interesante reflexión, omnipresente en muchos episodios

del libro, sobre las formas en las que el pasado es reinterpretado o convertido en mito por las sociedades contemporáneas.

En fin, podríamos añadir desde luego otras muchas facetas interesantes de esta obra, como, por ejemplo y sin ir más lejos, el papel desempeñado por las insignias reales en la construcción histórica del Sacro Imperio, pero creo que con lo expuesto hasta aquí basta para refrendar el interés intrínseco de esta síntesis que sin duda alguna será de gran utilidad no sólo para los medievalistas o los estudiantes de Historia, sino para el público en general.

Juan Carlos MARTÍN CEA
Universidad de Valladolid
jcmcea@uva.es